

Martín Miguel de Güemes, vínculos políticos y militares en la guerra por la independencia americana

LUIS ALBERTO DÍAZ

Introducción

Las acciones de Martín Miguel de Güemes en las guerras por la independencia se desarrollaron en un área geográfica que la narrativa histórica argentina denomina “frontera norte”, en referencia al territorio donde el líder salteño condujo la llamada “guerra gaucha”. Dicha narrativa no suele reconocer como parte de la propia historia a la actuación de los comandantes de las guerrillas altoperuanas. Esta omisión, sumada al uso generalizado de la expresión “frontera norte”, separó el escenario salto-jujeño del altoperuano en la guerra por la independencia, del mismo modo que las acciones armadas de Güemes respecto de las de Padilla, Lira, Azurduy y Arenales, entre otros, como si estos constituyeran un aspecto exclusivo de bolivianidad. Esta demarcatoria historiográfica, conforme al trazado limítrofe actual entre Bolivia y Argentina, se originó en el carácter “nacionalista” con que la historiografía inaugural del siglo XIX abordó la historia de la revolución. Con un propósito más político que historiográfico, se propuso fijar los mitos de origen de los Estados-nación, en lugar de historizar la independencia “sudamericana”. Estas historias patrias, escritas por los representantes del liberalismo oligárquico positivista, evitaron referirse al conflicto social implícito en la revolución y a las aspiraciones políticas de acceder a condiciones de vida más igualitarias, que motivaron a los sectores populares a intervenir en ella. En sus escritos, aquellos historiadores exaltaron los hechos “heroicos” y las virtudes “patriotas” de algunos jefes que lideraron la revolución, en tanto que el protagonismo de los grupos populares –al igual que el de la mujer– en el proceso quedó diluido en la penumbra de la impersonal adjetivación “gaucha”, con que Lugones tituló su obra *La guerra gaucha*.

En el presente trabajo proponemos revisar la noción de “frontera” para situar a Güemes junto a los caudillos altoperuanos en un área geocultural común, amplia y dinámica, donde estos jefes construyeron vínculos políticos y militares para hacer frente a los realistas. En tal sentido, procuraremos explicitar el liderazgo de Martín Miguel de Güemes como resultado de una construcción política, forjada en la interacción con la resistencia popular a la ocupación realista del territorio salto-jujeño, articulando sus acciones armadas con las de los comandantes de las guerrillas insurgentes que hicieron lo propio en los valles altoperuanos. Al mismo tiempo, nos referiremos a las razones de la oposición de las élites, al empoderamiento de las milicias plebeyas (de gauchos, indígenas, negros y cholos) y a su preocupación por desarmarlas y desarticularlas en Salta, luego de la contienda y en el Alto Perú, durante la permanencia realista.

Güemes y la frontera norte: ¿una cuestión semántica?

El amplio espacio territorial integrado por las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy, de la actual República Argentina, y los departamentos de Potosí, Oruro, Cochabamba y Chuquisaca, del hoy Estado Plurinacional de Bolivia, constituyeron desde 1810 en adelante el principal escenario de disputa –en el entonces Virreinato del Río de la Plata– de la guerra revolucionaria por la independencia sudamericana.

Las tres derrotas sufridas por el ejército patriota en el espacio altoperuano (1811, 1813 y 1815) permitieron que los realistas mantuvieran el control político de las ciudades. Sin embargo, en los extensos ámbitos rurales fueron permanentemente combatidos por grupos insurgentes¹ encabezados por caudillos locales. Los comandantes que tuvo el ejército pa-

¹ Bartolomé Mitre, en su *Historia de Belgrano*, las menciona como “*Republiquetas*”, un diminutivo de la palabra *República*, para asignarle alguna forma institucional “republicana”, necesaria para considerar a un distrito o provincia como un Estado autónomo. Pero no era este el caso de las partidas guerrilleras que operaban en las provincias charqueñas. Sus sedes cambiaban con los avatares de la guerra y no tenían un gobierno, porque su organización no era *administrativa* sino militar. No tenían pretensiones de un Estado soberano, al contrario, eran defensoras de la unidad nacional sudamericana. Todas se reconocían miembros del ejército patriota y acataban sus mandos, como al gobierno instalado en Buenos Aires. “...nada autoriza a generalizar gratuitamente el espíritu *republicano* a esas huestes montadas, que a su hora dieron su apoyo entusiasta a los planes de instalar la monarquía incaica. La denominación de *republiquetas* auspiciada por Mitre no encaja, pues, ni forzosamente” (Pérez Amuchástegui, 1972, p. 2 –L).

triotas (Castelli, Belgrano y Rondeau) estuvieron siempre en permanente contacto con los jefes insurgentes altoperuanos, del mismo modo que estos reconocieron la autoridad del Ejército Auxiliar que envió Buenos Aires. Apoyaron su avance y se incorporaron con sus soldados, las milicias cívicas o sus ejércitos de indígenas. En situaciones de derrota (Huaqui, Ayohúma, Sipe Sipe) lo auxiliaron en sus retiradas hacia Salta, cubriendo su retaguardia de las avanzadas realistas y combatiendo en valles y quebradas para obstaculizar los movimientos de los realistas que ocupaban las ciudades. Los comandantes de las guerrillas altoperuanas no actuaron en forma independiente –al menos hasta 1817–, sino que fueron parte del Ejército de la Revolución o de la vanguardia del mismo, e incluso algunos de ellos fueron nombrados por los generales patriotas y las autoridades de Buenos Aires (Soux, 2016, p. 36).

La intervención de Martín Miguel de Güemes en la guerra por la independencia sudamericana se encuentra inseparablemente asociada a ese tipo de acción armada. La historiografía argentina tradicionalmente denomina “guerra gaucha” a la lucha de las milicias campesinas salto-jujeñas conducidas por Güemes, que resistieron la invasión realista a las actuales provincias de Salta y Jujuy entre 1814 y 1821. Dicha historiografía denomina a esta región como la “frontera norte” mediante una narrativa que, al no aclarar el término, traza discursiva y conceptualmente una “división”, separando al territorio salto-jujeño del altoperuano como si se trataran de escenarios de guerra diferentes. Consecuentemente con ello, escinde las acciones armadas de Güemes y sus gauchos, de las que desplegaron los comandantes (y una comandanta) insurgentes altoperuanos, cuando en realidad lucharon –en ocasiones coordinadamente– la misma guerra frente al ejército realista y a sus aliados locales, las élites surandinas.

El término “frontera” ofrece múltiples significados. Puede usarse para nombrar barreras geográficas, económicas, límites internacionales o características regionales, e incluso para diferenciar el escenario en el que se desenvuelven relaciones interétnicas. Si bien el trabajo de Nacuzzi y Lucaioli (2014, p. 27) refiere a otra etapa histórica –la Conquista de Pampa y Patagonia–, expresa que al hablar de fronteras podemos referirnos a ellas como áreas territoriales amplias, en donde se desenvuelve la interacción entre sociedades que se reconocen diferentes. Pero no es éste el caso de los grupos insurgentes que enfrentaron a los ejércitos realistas entre Tucumán y el Río Desaguadero, entre 1810 y 1825. Aunque la población indígena en Salta y Jujuy no era tan numerosa como en el Alto Perú, y su población urbana era mayoritariamente blanca, mestiza y negra, en aquellos

años no existía “el norte argentino”. El Río de la Quiaca² era simplemente un río y ni Salta ni Jujuy eran las provincias que son hoy, sino que estaban integradas cultural y económicamente a los territorios “de arriba”³ del ex Virreinato (Yavi, Chichas, Potosí, Oruro, Chuquisaca y Cochabamba), cuya división era meramente administrativa. Al decir de Sara Mata:

Estos territorios formaban parte del espacio surandino, con el cual mantenían, además de estrechas vinculaciones mercantiles a través del comercio de ganado mular y vacuno, relaciones familiares y de amistad toda vez que numerosos hijos de la elite salteña cursaron estudios en la prestigiosa universidad de Chuquisaca. (Mata, 2007, p. 5)

Podemos decir, entonces, que el territorio “sur andino” (o salto-jujeño-altoperuano), fue un espacio de interacción entre sectores hispano-criollos, afro-mestizos e indígenas, donde los límites sociales, interétnicos e ideológico-revolucionarios fueron siempre comunes, difusos y dinámicos, en tanto dependieron –durante la guerra independentista– de qué contendiente ejerciera el dominio militar. Por ello creemos que constituye un error circunscribir la enseñanza de la historia de la revolución y la guerra por la independencia a la demarcación limítrofe de los Estados nación, porque entonces esos límites no existían, la causa revolucionaria era la misma y, como ya expresamos, el escenario más allá de la Quebrada de Humahuaca no era tan ajeno al de Salta y Jujuy. La narrativa histórica sitúa a Güemes en esa “frontera norte”, sin aclarar debidamente que: a) el territorio salteño –como lo expresa Mata (2004)– no era una “frontera jurisdiccional”; b) hacer la guerra allí fue una decisión política y estratégica, impuesta por las circunstancias de la derrota militar; y c) la llamada *guerra gaucha* se desarrolló conforme al modo, estilo y “en el contexto de la guerra altoperuana cuyos escenarios fueron, durante más de una década, las jurisdicciones de Salta, Jujuy, Tarija, Oruro y Cochabamba” (Mata, 2004, p. 225). En consecuencia, no contribuye a la comprensión histórica e instala –entre bolivianos y argentinos– una demarcatoria en la subjetividad identitaria de “lo nacional” que no colabora a comprender el carácter continental de la revolución y, por ende, de la hermandad suramericana.

2 Actualmente es el límite fronterizo entre el Estado Plurinacional de Bolivia y la República Argentina, que separa a las ciudades de La Quiaca (del lado argentino) y Villazón (del lado boliviano).

3 Por referirse a la altitud sobre el nivel del mar.

Al momento de escribirse las historias patrias –a mediados del siglo XIX– hacía 25 años que el espacio altoperuano se había convertido en la República de Bolivia y todo el extenso territorio al sur de Jujuy ya se reconocía como “argentino”. Las élites de ambos Estados nación no se identificaban con la vocación sudamericana de la revolución. Por tanto, en lugar de escribir “la historia” de la independencia de la Patria Grande, escribieron “las historias” de sus patrias chicas, ordenando el pasado para explicar un “origen nacional” que legitimara “sus” presentes, sin el reconocimiento –ni la convicción– de una historia común. Abordaron esta etapa desde la historia militar y desde la política, resaltando las acciones heroicas y el rol predominante de la dirigencia patricia en la derrota del imperialismo español y la construcción de los Estados nación (Mata, 2007, p. 2 y 2004, p. 244). Así, algunos de los jefes revolucionarios fueron elevados a la consideración de “próceres” o de “padres fundadores” de estos nuevos Estados, pensados desde un nacionalismo formal y oligárquico, mientras que otros fueron condenados al olvido por el odio político e historiográfico de las élites locales. Esto último ocurrió precisamente con Martín Miguel de Güemes, quien fue objeto del rencor de la élite conservadora salteño-jujeña mientras vivió y que se prolongó tras su muerte, ya que intentaron silenciar de la memoria histórica el testimonio de su vida revolucionaria, el liderazgo popular que ejerció y su defensa de los derechos de los hombres y mujeres del pueblo, que entregaron la vida en la guerra por la independencia.

¿Un jefe conservador o el conductor de una movilización social y política?

Las obras escritas a principios del siglo XX, como *La guerra gaucha* (1905)⁴ de Leopoldo Lugones o la *Historia del General Martín Miguel de Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina* (1907) del historiador salteño Bernardo Frías, contribuyeron a diluir del recuerdo general, la fuerte oposición y el rencor que la élite salteña tuvo por Güemes en el siglo XIX. Con una estética narrativa que exaltaba sus virtudes

4 En referencia a los procedimientos narrativos utilizados por Leopoldo Lugones en su obra *La Guerra Gaucha* (1905) escrita para convertir a Güemes, en una figura de excelencia, digna de reconocimiento nacional. Ver en Nathalie Fürstenberger (2005) *Güemes y los de Abajo: Fabricación y alcance del heroísmo en la Guerra Gaucha* *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXI, Núm. 213, octubre-diciembre 2005, 1109-1119

personales, su patriotismo y sus hazañas al frente de “sus” gauchos, recuperaron al caudillo salteño, no sólo como una figura digna del reconocimiento nacional, sino –sobre todo Frías– como el emblema identitario de la provincia de Salta y de los salteños. La monumental obra de este historiador logró conciliar la figura de Güemes con la élite de su provincia, porque si bien resaltó las dotes militares, el amor a la patria y a la libertad del caudillo, se preocupó también por justificar que la oposición de aquellos terratenientes se debió a los desmanes causados por las milicias gauchas, mientras que los ricos salteños sostenían con su esfuerzo económico la guerra por la independencia (Mata, 2008, p. 16).

Es interesante repensar los títulos de las obras mencionadas. Lugones eligió la guerra independentista para presentar a Güemes, con la expresión “gaucha” para caracterizarla, pero que –consecuente con su mirada social– no significaba una valoración en sí del colectivo popular que integró esas milicias, sino la preocupación por expresar un nacionalismo criollo, frente a la “amenaza” del aluvión inmigratorio.

Por su parte, Frías centralizó el título de su obra en la persona de Güemes y en la provincia de Salta, equiparados en un mismo plano con la independencia argentina. En los estudios históricos de comienzos del siglo XX no hubo una consideración valorativa por el estudio de las tensiones sociales del período tardo-colonial (1780-1809) prolongados en la etapa revolucionaria, como tampoco por el protagonismo popular en la misma. Los textos exaltan al héroe en singular, al miembro a la élite distinguido por sus virtudes morales y su sentimiento patriótico cuyo ejemplo habría “contagiado” a “sus” hombres y que por eso lo siguieron. Se resaltan sus cualidades como jefe militar y como caudillo, dueño de un liderazgo natural surgido del contacto con el gauchaje como el “patrón bueno” que supo “ser gaucho entre los «gauchos»” y por lo cual lo siguieron fielmente, sin cuestionamientos por el orden social preestablecido.

Consecuente con el orden –social y económico– que el Régimen Oligárquico imprimió a la República Conservadora, la historiografía de principio del siglo XX invisibilizó el conflicto social derivado de los propósitos democratizadores de la revolución y por el cual miles de personas (mayoritariamente mestizas, indígenas y negras) abrazaron su convocatoria. En su lugar, escribieron una historia acorde a la sociedad que concebían y deseaban,⁵ sin conflictos entre clases, sin disputas por la tierra, sin líderes

5 El conflicto social de principios de siglo XX era, para ellos, obra de extranjeros, anarquistas apátridas y sin Dios, una amenaza contra la república próspera que alimentaba al mundo.

populares ni pueblo empoderado: una historia de patriotas varones blancos (patricios) que dirigieron la guerra por la “libertad”, a la que los sectores subalternizados solo fueron convocados a poner el cuerpo, pero no a recoger los frutos de semejante sacrificio. Una historia que, mientras destacaba el patriotismo y las dotes militares de “la guerra gaucha”, justificaba la postura reaccionaria de la élite porque la guerra se sostenía con el esfuerzo pecuniario de los ricos salteños.

Esta forma de hacer historia perduró hasta el último tercio del siglo XX. En las últimas décadas nuevas perspectivas teóricas permitieron revisar el período de la independencia y visibilizar la participación en dicha etapa de aquellos sujetos sociales que no formaban parte de las élites.

Así, tras largas décadas de invocaciones y evocaciones genéricas al «pueblo» (...) entre 1980 y 1990 se asistió a un predominio de los estudios sobre los «sectores populares» y (...) se ha tornado más frecuente, el uso de otras categorías como (...) «clases subalternas» y también «clases populares». (Fradkin-Di Meglio, 2013, p. 9)

Entre los últimos aportes historiográficos sobre la revolución en los Andes meridionales, Güemes y la movilización popular en las guerras por la independencia, se destacan los trabajos de la historiadora salteña Sara Mata.⁶ Sus investigaciones constituyen un aporte ineludible e indispensable para esclarecer la cuestión, porque explicita los vínculos de Salta con el Alto Perú, las tensiones imbricadas en la movilización rural y la articulación del liderazgo de Güemes con los intereses del campesinado salto-jujeño, expresados en el conflicto social con las élites. Como afirma la misma autora:

El relevante protagonismo de Martín Miguel de Güemes en la guerra de recursos librada en Salta entre 1814 y 1821 (...) no debería hacernos olvidar que la movilización rural que lideró tuvo lugar en una sociedad atravesada por múltiples conflictos y que esos hombres movilizados albergaban expectativas sociales que provocaron la alarma de los vecinos acomodados, inquietos ante las posibilidades de perder sus privilegios y padecer su furia. (Mata, 2008, p. 17)

6 Para el presente trabajo tomaremos distintos aportes de su variada obra.

El militar que adhiere a la revolución

La actuación de Martín Miguel de Güemes en los sucesos revolucionarios tiene como antecedente su participación en la defensa de Buenos Aires contra la invasión británica de 1806 y 1807. Había ingresado desde muy joven como cadete del Batallón del Rey Fijo en su Salta natal, desempeñándose a las órdenes del cnel. Diego Pueyrredón, Comandante del Fuerte Ledesma,⁷ hasta que en 1805 fue enviado a la capital del virreinato. Cuando los ingleses tomaron la ciudad de Buenos Aires, integró la resistencia desde un regimiento de caballería a las órdenes de Juan Martín de Pueyrredón, hermano de Diego. Entre las innumerables acciones protagonizadas por las fuerzas criollas en la Reconquista de la ciudad, el 12 de agosto de 1806 el oficial Güemes y un grupo de jinetes a su mando participaron de un hecho singular para una carga de caballería, como fue el asalto y captura del buque inglés *Justina*, varado en el río por una repentina bajante de las aguas. En 1808, Martín Miguel volvió a Salta con motivo de la muerte de su padre y allí fue ascendido a subteniente de infantería del Regimiento Fijo, por su participación en la Reconquista de Buenos Aires.

Cuando estalló la revolución en 1810, Güemes formó parte de los jóvenes salteños que adhirieron a la Junta de Buenos Aires y, ante el levantamiento contrarrevolucionario de Liniers en Córdoba, su antiguo jefe, el cnel. Diego Pueyrredón (ahora gobernador de Orán), le ordenó encabezar una misión secreta en la Quebrada de Humahuaca para evitar la huida de los contrarrevolucionarios cordobeses a las provincias altoperuanas. Por su desempeño lo ascendieron al grado de capitán y le dieron una nueva misión: adelantarse a la ciudad de Tarija para organizar allí las fuerzas insurgentes, mientras la vanguardia del Ejército Auxiliar iniciaba su avance desde Jujuy (Ruibal, 2021, pp. 6-7). En cumplimiento de esta comisión se produjo su participación en las batallas de Cotagaita y Suipacha –27 de octubre y 7 de noviembre–, cuando acudió al combate al frente de las milicias tarijeñas.

En adelante, no se registra su presencia en el ejército debido a diferencias surgidas con el alto mando militar. Las razones de su ausencia difieren entre quienes sostienen que Güemes pidió el retiro desconforme con la decisión de no perseguir a los realistas tras la victoria (Ruibal, 2021, p. 8) y quienes afirman que su apartamiento estuvo vinculado a su oposición a

⁷ Diego Pueyrredón era hermano de Juan Martín, futuro general y Director Supremo. Las familias de Güemes y Pueyrredón se conocían desde tiempos de sus abuelos.

que los milicianos salteños fueran incorporados al ejército sin su jefatura (Mata, 2008, p. 84), como parte de la supresión de milicias que impulsaba Castelli para reorganizar el ejército. Lo cierto es que Güemes pasó a Potosí sin mando ni tropa, y después del 8 de enero de 1811 regresó a Humahuaca desafectado del ejército, llegando en febrero a Salta (Güemes, 1979, p. 298).

Tras la derrota en Huaqui, el 20 de junio de 1811, Güemes colaboró auxiliando la desordenada retirada del ejército desde el Alto Perú, alcanzando en Tarija a las fuerzas de Pueyrredón, que bajaban con los caudales de la Casa de Moneda de Potosí. La Junta Grande reincorporó a Güemes al ejército “gracias a los buenos oficios de Juan Martín de Pueyrredón” (Mata, 2008, p. 83), quien suplantó provisionalmente a Castelli y designó en octubre a Güemes como su segundo jefe de la vanguardia. Cuando en marzo de 1812 Manuel Belgrano reemplazó a Pueyrredón en el mando del Ejército Auxiliar, Güemes volvería a ser separado del mismo y enviado a Buenos Aires.

La relación de Güemes con Castelli y Belgrano fue conflictiva, pero como afirma Sara Mata, sabemos poco sobre las razones que los enfrentaron, aunque no debería descartarse —dice la autora— que obedecieran a “razones de índole política y militar” (Mata, 2008, p. 84). Hay un informe que Belgrano elevó al Triunvirato en noviembre de 1812, sobre el apartamiento de Güemes debido al conflicto surgido con otro oficial por un supuesto romance que habría mantenido con su esposa en Tucumán,⁸ pero ¿pudo ser éste el motivo?

Considerando la hipótesis de las posibles “razones de índole política o militar” recordemos que el conflicto surgido en la Junta Provisional entre el cnel. Cornelio Saavedra y Mariano Moreno⁹ se trasladó a la oficialidad del Ejército Auxiliar del Perú, alterando la disciplina y la confianza entre la conducción —morenista— del ejército y los oficiales (de milicias provincianas y regimientos) cercanos al presidente de la Junta. ¿Podemos conjeturar una posible cercanía ideológica de Güemes con algunos jefes opuestos al jacobinismo de los abogados morenistas (Castelli y Belgrano) y al modo de

8 El oficio de Belgrano estuvo originado por una información que recibió del alcalde de Santiago sobre el supuesto amorío entre Güemes y Juana Inguanzo, esposa del Teniente Sebastián Mena. Pero no sabemos si lo informado por el Alcalde fue un hecho comprobado o si, como Belgrano expresa, “solo he tenido por objeto la conservación del orden... y el crédito de nuestra causa...”, o si actuó presionado por la necesidad de acallar una élite tan conservadora como contraria a la causa de la revolución.

9 Que terminó con la salida Mariano Moreno y la de sus compañeros de la Junta, fortaleciendo la autoridad de Saavedra y los diputados provinciales en la Junta Grande.

conducir el ejército?¹⁰ No lo podemos asegurar. Sin embargo, consideramos el interrogante, para alejarnos de explicaciones reduccionistas basadas en celos personales o amores clandestinos, y así poder entender por qué Güemes se confrontó al inicio de la revolución con la facción más jacobina y, promediando el proceso revolucionario, asumió una radicalización política similar a aquella, que lo constituyó en el conductor de una movilización popular que combatió por la independencia sudamericana, pero que al mismo tiempo disputó el poder con la élite salto-jujeña y con el mismísimo gobierno central en defensa de los derechos de los sectores que representó.

Durante su estancia en Buenos Aires en enero de 1813 frecuentó a viejos conocidos, como la familia Escalada, con quienes probablemente haya conocido al cnel. San Martín y a los oficiales llegados de Europa en 1812, cuya Logia, aliada al morenismo de la Sociedad Patriótica, desplazó al Triunvirato rivadaviano para acelerar el proyecto independentista. Con ese objeto comenzaban, en esos días, a sesionar la Asamblea General, que se propuso declarar la Independencia y sancionar una Constitución.

Pero la inesperada derrota de Belgrano en el Alto Perú (noviembre, 1812) y el insospechado retorno de Fernando VII al trono español, acordado en Valençay (diciembre, 1813) tras la derrota napoleónica, modificaron todos los escenarios previstos por los revolucionarios. Vilcapugio y Ayohúma significaron la pérdida del territorio altooperuano y la viabilidad de una nueva invasión realista a Salta y Tucumán. En simultáneo, el retorno de Fernando VII preanunciaba el envío de las divisiones del ejército peninsular a Sudamérica, con lo cual aumentaría considerablemente la potencia armada de los ejércitos del Rey. Esto inclinaba la correlación de fuerzas en favor de los realistas, en el momento más complicado para la insurgencia criolla por las derrotas en Venezuela (1812) y Alto Perú (1813), como más tarde ocurriría en Chile (1814). La gravedad del contexto planteaba numerosos interrogantes: ¿Cómo enfrentar esta amenaza? ¿Con qué recursos organizar nuevos ejércitos? ¿Cómo equiparlos y entrenarlos? ¿Cómo dis-

10 La misma Junta Grande que reincorporó a Güemes a las filas del Ejército en junio de 1811, gracias a los buenos oficios de Pueyrredón, impulsaba en simultáneo los procesos judiciales (finalmente fallidos) contra Castelli y Belgrano. Caída la Junta Grande, el 1º Triunvirato ordenó el reemplazo de Pueyrredón por Belgrano en el mando del ejército [marzo de 1812], para que ocupara una plaza en el gobierno. Güemes quedó sin su apoyo enfrentado al nuevo jefe (Mata, 2008, p. 83). Su traslado a Buenos Aires, (al margen del supuesto amorío) ¿obedeció a una cuestión política vinculada con Pueyrredón? ¿Belgrano optó por una medida disciplinaria con ese oficial discoló, como mensaje para los oficiales que intentaran no acatar sus órdenes y, al mismo tiempo, procuró revertir la opinión de una sociedad hostil con la causa revolucionaria?

ponerlos territorialmente y en dónde? ¿Qué nuevas estrategias se deberían tomar y cómo replantearían la guerra?

El gobierno de Buenos Aires decidió, en diciembre de 1813, enviar al cnel. José de San Martín a reemplazar a Belgrano en el mando del Ejército Auxiliar, para que trabajara en su reorganización y en la defensa del territorio ante al avance realista. El cnel. Martín Miguel de Güemes solicitó autorización al cnel. San Martín para ser incorporado a la fuerza a su mando y de ese modo volvió a Salta, integrando el contingente de 700 hombres que arribó a Metán en enero de 1814. San Martín requirió la opinión de los jefes y oficiales sobre la conveniencia de concentrar el ejército en Tucumán y destinar partidas de milicianos para resguardar a Salta. El gral. Belgrano ya le había anticipado en su correspondencia de diciembre:

*Voy a poner una partida de 25 facinerosos con un sargento des-
aforado para que se les vaya [a los realistas] hasta sus inmedia-
ciones y les haga la guerra por cuantos medios se les ocurran...
(Pérez Amuchástegui, 1972, p. 2)*

El jefe de retaguardia, cnel. Manuel Dorrego, coincidía en formar partidas armadas de “soldados hijos de estas inmediaciones [puestos] a disposición del cnel. Saravia” con instrucciones de cómo debían hacer la guerra para entorpecer el avance realista. Así lo estaban haciendo las guerrillas altoperuanas, coordinadas por el cnel. Juan Álvarez de Arenales y su segundo, el cnel. Ignacio Warnes, en cumplimiento de lo dispuesto por Belgrano antes de su retirada del Alto Perú (Soux, 2011, p. 469).¹¹

San Martín conocía la efectividad de la guerra de recursos por haberse implementado en España contra los granaderos napoleónicos, pero, en vista de la disposición de las partidas gauchas, consideró necesario replicar en Salta y Jujuy los movimientos que realizaban las montoneras de Arenales en Valle Grande. Para ello, vio en el cnel. Martín Miguel de Güemes condiciones inmejorables para asumir esta estrategia, ya que conocía el territorio y estaba familiarizado en el trato con las milicias y el paisanaje. A principios de abril, relevó a Dorrego de la vanguardia y nombró en su lugar al tte. cnel. Martín Miguel de Güemes, comandante general de todas las

11 Al abandonar Charcas, Belgrano nombró gobernador de Cochabamba y comandante general al cnel. Álvarez de Arenales, y al cnel. Ignacio Warnes, comandante de Santa Cruz de la Sierra. Arenales no pudo sostener su posición en Cochabamba, por lo que pasó a actuar desde Valle Grande, donde aumentó sus fuerzas con la incorporación de otros caudillos y grupos indígenas. Desde allí coordinó la acción guerrillera desde Larecaja a Ayo-paya y desde Chuquisaca hasta Tarija y Yavi.

avanzadas del Ejército Auxiliar. Al mismo tiempo, impartió directivas al cnel. Álvarez de Arenales, referidas a la actuación que debería desarrollar con la organización de las montoneras¹² (Pérez Amuchástegui, 1972, pp. 2-LI y 2-LII).

Naturaleza política del liderazgo de Güemes

La ocupación de Salta y Jujuy por los realistas se desarrolló, en 1814, con una violencia inusitada contra la población rural, incautándole sus ganados y persiguiendo a cualquiera que fuera sospechoso o sospechosa de ayudar a la insurgencia patriota. El apoyo que le brindaran los “vecinos” salteños en 1812 no se repitió esta vez y ello explica, en parte, la virulencia de los saqueos a las haciendas y a los pequeños y medianos productores (Mata, 2008, pp. 68-69).

Si bien la movilización de paisanos la inauguró Belgrano para enfrentar a Pío Tristán, la organización militar y política de las milicias gauchas se consolidó a partir de la conducción y liderazgo de Güemes. Tuvo la oposición de los terratenientes,¹³ molestos porque el reclutamiento de sus peones afectaba las actividades de sus haciendas (Paz, 2008, p. 5) y porque el gauchaje movilizado les incautaba ganado y granos para alimentarse. Sin embargo, lo que en verdad les preocupaba a los señores era el poder político y militar que estaban adquiriendo esos peones, arrendatarios y pequeños productores mayoritariamente mestizos, morenos e indígenas, porque intuían la dificultad de enfrentarse a subordinarlos al orden tradicional una vez que finalizara la contienda.

La guerra revolucionaria planteó la construcción de un nuevo orden político y socioeconómico, que implicaba –partiendo del principio de soberanía popular– el reconocimiento de igualdad entre las personas y las libertades públicas. El antiguo orden colonial se asentaba sobre una estratificación social racializada, basada en la desigualdad, en la explotación indígena-mestiza y en la esclavitud de las personas afroamericanas. La sola

¹² Arenales no recibió las mismas hasta el 4 de septiembre de 1814, respondiéndole que lamentaba “no haber recibido antes estas directivas y ‘las advertencias que se le hacía sobre la clase de guerra que debe adoptar’, pues ellas, a las que se sujetaría en lo sucesivo, ‘le habrían servido imponderablemente’” (Pérez Amuchástegui, 1972, p. 2-LII)

¹³ Entre los hacendados, aunque muchos emigraron al Alto Perú luego del triunfo de Belgrano en Salta, aún se mantenían intereses económicos ligados a los peninsulares.

posibilidad de que estos otros, tradicionalmente sometidos, fueran considerados iguales y pudieran acceder a la tierra o terminar con las subordinaciones del pasado colonial, despertaba el temor de las clases privilegiadas y agudizaba la conflictividad social.

La población rural reclutada para la guerra, ponía en riesgo su vida y la permanencia de sus familias en las tierras que laboraban, ya que no podían hacer frente a los arriendos y a las condiciones de trabajo que imponían los patrones. Si bien Martín Güemes comprendía la importancia estratégica de contar con la adhesión del paisanaje para librar la contienda, al mismo tiempo era consciente de aquellas desigualdades y la inequidad, con que la revolución respondía a los sacrificios de estos sectores de la sociedad.

¿no he de alabar la conducta y la virtud de los gauchos? Ellos trabajan personalmente, y no exceptúan ni aún el solo caballo que tienen, cuando los que reportan ventajas de la revolución no piensan otra cosa que engrosar sus caudales. (Güemes, 1818)¹⁴

Por ello fue partidario de extender al paisanaje movilizado el fuero militar que tenían las milicias desde 1805, que los pondría a resguardo del autoritarismo de sus patrones y de la persecución de la justicia local. Significaba un reconocimiento social por el servicio que prestaban a la causa patriota y la posibilidad de acceder a la tierra o, al menos, a no pagar los arriendos ni perder su trabajo en las haciendas (Mata, 2008, p. 89). Con esa convicción convocó Güemes a los gauchos,¹⁵ apoyándose en las relaciones de los antiguos maestros de posta del Camino Real y de los jefes de milicias del Valle de Lerma (Pedro José y Apolinario Saravia, José de Iriarte, Juan Goyechea, José del Portal, Eustaquio Medina), así como también de la Quebrada de Humahuaca (Manuel Álvarez Prado, Manuel Arias y Fermín de la Quintana), con quienes delineó la organización militar y política de las tropas gauchas, que lo reconocieron como comandante superior (Paz, 2008, p. 6).

¹⁴ Carta a Belgrano, reproducida en parte por Galasso, N. (2011). *Historia de la Argentina: desde los pueblos originarios a los Kirchner*. Tomo I. Buenos Aires: Colihue.

¹⁵ La voz "gaucho" se había instalado en el vocabulario de las ciudades norteañas fuertemente desde 1814. Señalaba a los pobres de zonas rurales reclutados o alistados en la milicia. El vocablo fue en principio aplicado a los pobladores de los valles centrales y orientales y muy poco después a los de la Quebrada de Humahuaca. Los gauchos, según los testimonios de la época, eran valientes y entusiastas (aunque no muy disciplinados) soldados, jinetes consumados y muy habilidosos en el manejo del cuchillo. Con precisos conocimientos de la geografía del lugar, atacaban a las tropas españolas por sorpresa y se retiraban aún más rápidamente (Paz, 2008, p. 8).

Entre febrero y el inicio de mayo de 1815 la fuerza político-militar que lideraba Güemes se pondría a prueba a partir de un conflicto surgido con el nuevo jefe del Ejército Auxiliar. Un año atrás, el gral. José Rondeau había reemplazado al cnel. San Martín, aquejado de una dolencia crónica que lo obligó a retirarse a Córdoba. A diferencia de su predecesor, Rondeau – como algunos de sus oficiales– despreciaba la intervención de las milicias gauchas en la guerra, a pesar de apoyarse en ellas (Gil Montero, 2006, p. 105).¹⁶ Con presupuestos racistas cuestionaban su desempeño en la guerra y las requisas de ganado a las haciendas, por lo que dispuso sanciones disciplinarias contra milicianos salteños, las cuales provocaron la reacción de Güemes. Este enfrentamiento, sumado a la conflictiva relación con la élite local, preocuparon al gobierno central de que estuviera surgiendo en Salta un movimiento político y social de similares características al de Artigas en la Banda Oriental. Con base en esta presunción, el Director Supremo sugirió al gral. Rondeau, que procurara debilitar el poder de las milicias gauchas, por lo que dispuso en febrero de 1815 el relevo de Güemes de la jefatura de la vanguardia por el cnel. Martín Rodríguez. Lejos de debilitarlo, potenció más el liderazgo de Güemes, que se proclamó comandante de los paisanos de la campaña de Salta y con ese “rango” acudió al combate en Puesto del Marqués, para apoyar las fuerzas regulares que enfrentarían a la vanguardia realista (abril, 1815). La intervención de sus gauchos fue decisiva para la victoria, obligando a Pezuela a replegar sus divisiones de Yavi, Potosí, Chuquisaca y Chayanta hacia Oruro, posibilitando que el Gral. Rondeau pudiera iniciar la tercera avanzada al Alto Perú. Mientras, los jefes guerrilleros recuperaban posiciones: el cnel. Arenales ocupó Cochabamba, Manuel A. Padilla entró en Chuquisaca y José I. Zárate hizo lo propio en Potosí.

A pesar del decisivo aporte en Puesto del Marqués, Rondeau no modificó su actitud contra Güemes y sus gauchos, por lo que no opuso reparos para que retornara a Salta custodiando a los desertores con los paisanos que lo seguían a título personal. En su regreso Güemes entró en San Salvador de Jujuy, donde tomó fusiles de los depósitos del ejército y 300 milicianos jujeños se unieron a sus tropas. A comienzos del mes de mayo entró en Salta con 1500 hombres donde el cabildo de la ciudad. Ante la demanda popular y la presión de la milicia armada en la plaza, fue electo gobernador de Salta el 6 de mayo de 1815.

¹⁶ Otros jefes militares, como Arenales, Warnes, Fernández Campero y el mismo Belgrano apreciaron las cualidades de las milicias y los indígenas, dado que la experiencia de guerra en las tierras altas les había enseñado a respetar su forma de pelear.

Con su designación, el cabildo legitimaba el armado político de Güemes y los jefes de milicias, posicionándolo como el único garante para la defensa del territorio y conductor de la movilización rural. Sin embargo, esto no supuso el fin de las intrigas políticas y las conspiraciones contra Güemes aumentaron: Salta se dividió en dos facciones, la Patria Vieja, incondicional al liderazgo de Güemes, y la Patria Nueva, que concentraba a la élite opositora ligada a Rondeau. El Cabildo de Jujuy no reconoció al nombramiento de Güemes, invocando su derecho a elegir gobernador conforme al Estatuto Provisional.¹⁷ Hubo de litigar varios meses con el Cabildo jujeño, pero pudo volcar el conflicto en su favor, gracias a la presión de las milicias y el apoyo de la población rural ante la amenaza de invasión realista.

Como gobernador, tomó la decisión política de extender el fuero militar a los gauchos movilizados, defendiendo fuertemente su decisión ante los cabildos de Salta y Jujuy que se oponían a esta prerrogativa. Para la élite salto-jujeña, el fuero gaucho garantizaba la impunidad de oficiales y milicianos para las requisas de ganado, lo que para ellos constituía un abuso y un delito contra la propiedad.

se han robado muchos potros y yeguas (...). Sus animales ya dije a Ud. Que Franco Portal se llevo con los Gauchos 8 cabezas de las qe. estaban junto a las casas de las que no me han dado recibo ningo. El mulato Santana y otros compañ. de el han carneado 2 o 3, segun me dicen los negros... (Paz, 2008, p. 17).

El debate sobre el fuero gaucho era el nudo del conflicto social y político con la élite y el jefe del ejército que representaba a Buenos Aires. Güemes defendía ese derecho porque de ello dependía la organización de las milicias y su División Infernal de Gauchos de línea, para sostener la guerra por la independencia. También porque era la garantía del contrato político con sus gauchos, al inaugurar la posibilidad de aliviar la vida de los pobres mediante el acceso a la tierra o a la libertad —si los alistados hubieran sido esclavos—. En torno al fuero gaucho subyacía el debate por la igualdad, que era el propósito clave del nuevo orden revolucionario. Y en esto se inscribe el origen del odio elitista contra Güemes, como también la fide-

¹⁷ El Estatuto Provisional del 5 de mayo de 1815, establecía que los Cabildos podían designar provisoriamente los gobernadores, interrumpiendo una práctica desde mayo de 1810, en que eran designados por el gobierno central.

lidad e identificación mutua entre él y el gauchaje, que fue el que lo sostuvo en todas las instancias que amenazaron su gobierno.

Esos, que veis de frac, esos son vuestros enemigos y por consiguiénte los míos. (...) Mientras os conservéis unidos a vuestro general y protector, os aseguro que vivirán garantidos vuestros derechos y vuestra libertad, a despecho de esos miserables que nos odian; a mí porque les tomo unos cuatro reales para sostener a vosotros que defendéis su propia libertad luchando y dando la vida por la Patria; y a vosotros, porque os ven resueltos a no ser más humillados ni esclavizados por ellos. Todos somos libres y todos tenemos iguales derechos porque todos somos hijos de la misma Patria, que hemos arrancado de la servidumbre quebrando con nuestros esfuerzos el yugo español. ¡Soldados de la Patria! ¡Ha llegado el tiempo de que seáis libres, y de que caigan para siempre vuestros opresores! (Galasso, 2010, p. 189)¹⁸

Las milicias gauchas, fueron las garantes del gobierno de Güemes frente al gral. Rondeau y al gobierno central. Cuando este dispuso el envío de tropas al mando del cnel. French para auxiliar a Rondeau, se temió que llegara con instrucciones de deponer a Güemes al llegar a Salta, pero French negoció las condiciones de su paso por la provincia, lo que implicó el reconocimiento a la autoridad del gobernador. Para cuando llegó a Humahuaca, Rondeau había sido completamente derrotado en la batalla de Sipe Sipe (noviembre, 1815) por Olañeta. El jefe del ejército y los oficiales acusaron a Güemes de entorpecer la ayuda militar que habría impedido la derrota y marcharon contra Salta tomando la ciudad. Sin embargo, las milicias gauchas y los Infernales, establecieron un efectivo cerco a la ciudad y asediaron en el campo la marcha de las tropas como contra los realistas, aislando las divisiones del Ejército y obligando a Rondeau a buscar una salida política. El pacto de Cerrillos en marzo de 1816 consolidó definitivamente a Güemes en el gobierno y significó el fortalecimiento político de las milicias. En lo sucesivo, serían actores claves para el sostenimiento de la independencia americana declarada por el Congreso de Tucumán y el proyecto de monarquía inca propuesto por Manuel Belgrano. Con el Ejército Auxiliar nuevamente a su cargo en reemplazo de Rondeau, Belgrano acom-

¹⁸ Reproduce parte del texto que cita Bernardo Frías en su obra, cita –según diferentes ediciones– en el Tomo IV, pp. 574-575, o en el tomo V, pp. 149-150.

pañaría las acciones de Güemes, y este las de los jefes guerrilleros altoperuanos, mientras San Martín emprendía el cruce de los Andes para la liberación de Chile.

Vínculos con la guerrilla altoperuana

Desde el inicio de la revolución, la insurgencia altoperuana reconoció la autoridad de los gobiernos patriotas. No solo colaboró con el avance del Ejército Auxiliar, aportando hombres y armas, sino que formaron parte de sus filas en las tres oportunidades en que este ingresó al Alto Perú. Tras la derrota de Huaqui en 1811, muchos de estos jefes, como Eusebio Lira, Andrés Simón, Miguel Mamani y Manuel Asensio Padilla, por mencionar algunos, acompañaron la retirada de Castelli hasta Salta. En 1812 y 1813 integraron el ejército a las órdenes del Gral. Manuel Belgrano, e intervinieron en el éxodo jujeño, en las batallas de Tucumán y Salta y en el regreso al Alto Perú hasta su derrota en Vilcapugio y Ayohuma.

En plena retirada, Belgrano ordenó a los caudillos locales hostilizar la ocupación realista de la región charqueña con partidas guerrilleras coordinadas por la conducción de los coroneles Arenales y Warnes. En 1814, cuando el cnel. San Martín nombró a Güemes comandante de todas las avanzadas, con instrucciones de organizar la resistencia en Salta y Jujuy, también cursó instrucciones al cnel. Arenales sobre cómo llevar adelante la guerra de guerrillas. En síntesis, las acciones de los caudillos altoperuanos nunca estuvieron desvinculadas de los mandos del Ejército Auxiliar del Perú, reconociendo la autoridad de sus jefes y oficiales, formando parte de ellos o bien actuando bajo sus órdenes. Cuando por circunstancias de la guerra la ocupación realista los dejó temporalmente aislados o incomunicados, nunca dudaron de la direccionalidad política y militar de las autoridades de Buenos Aires y Salta, provincia a donde acudieron en busca de refugio y ayuda.

Durante todo 1814, las acciones de los caudillos altoperuanos y de Güemes, lograron poner en jaque al ejército del gral. Pezuela, frenando su avance obligado a dividir sus tropas en varios frentes:

En Cochabamba y Valle Grande José Antonio Álvarez de Arenales (...). José Ignacio Zárate (hijo del Marqués de Montemira) encabezaba la guerrilla en Porco y Chayanta; al norte de Chuqui-

saca Manuel Ascencio Padilla y su esposa Juana Azurduy, que desde 1811 habían establecido un corredor de comunicación con Jujuy eludiendo los centros urbanos; en Cinti Vicente Camargo (...); José Miguel Lanza, y luego Eusebio Lira en Ayopaya donde los indígenas [tuvieron] la mayor participación; el cura [tucumano] Ildefonso de las Muñecas en Larecaja; Eustaquio Méndez, Francisco Pérez de Uriondo, José María Avilés y Juan José Fernández Campero [el ex marqués de Tojo] en Tarija; Martín Miguel de Güemes en Salta y Jujuy. (Lorandi, 2015, p. 12)

La guerra gaucha o montonera, la guerrilla popular o de recursos, no constituyó en Salta y Jujuy un caso aislado en la lucha por la independencia sudamericana, sino que fue parte de una estrategia generalizada en todo el espacio sur andino, impuesta por las circunstancias de la guerra misma. Allí donde los ejércitos de línea fueron derrotados, la resistencia popular armada sostuvo –como pudo– la causa revolucionaria, bajo el liderazgo de los jefes altoperuanos –al menos hasta 1817– y de Martín Miguel de Güemes. Este insistía, en todo momento, en la necesidad de “acudir en apoyo de los caudillos altoperuanos para derrotar definitivamente a los realistas, y de esa manera liberar tanto ese territorio como Salta” (Soux, 2011, p.135). Durante su gobierno –incluso en pleno enfrentamiento con Rondeau– mantuvo la conducción política y militar, con las guerrillas de la puna jujeña comandadas por Juan J. Fernández Campero (Yavi, Casabindo, Oran, Cochino) y las montoneras de Tarija “dirigidas por Uriondo y Méndez, [que] respondían a la dirección del jefe salteño” (Soux, 2016, 47). También con las que actuaron en las provincias de Chichas, Mizque y Cochabamba, conducidas por Manuel A. Padilla (Mata-Figueroa, 2003, p. 134) y Juana Azurduy y, sobre todo, con la División de los Valles de Ayopaya conducida en diferentes etapas por Eusebio Lira, el cacique Juan Manuel Chinchilla y José Miguel Lanza. Todos estos jefes reconocieron la autoridad y el mando de Martín Miguel de Güemes.

Luego de la derrota en Sipe Sipe en noviembre de 1815, y con la retirada definitiva del Ejército Auxiliar hasta Tucumán, el sostenimiento de la causa revolucionaria en todo Charcas dependió de los caudillos locales, quienes comenzaron a dar señales evidentes de debilitamiento, replegándose a distintos valles para reorganizarse.

El gral. Pezuela lanzó entonces, a comienzos de 1816, una violenta persecución en su contra, atacando poblados y valiéndose de la tortura y el crimen para obtener información de sus paraderos o recurriendo al “perdón” de algunos “arrepentidos”, que terminaron delatando a sus jefes y

entregando a sus compañeros. Así, fueron asesinados ese año Manuel Asencio Padilla (decapitado para exponer su cabeza en La Laguna), José Vicente Camargo, el cnel. Ignacio Warnes y el cura Ildefonso Muñecas. Solo sobrevivieron el comandante Lira, de la guerrilla de Ayopaya, y el cnel. Arenales, que debió refugiarse en Salta (Soux, 2011, p. 471).

Tras cada derrota del Ejército Auxiliar (1811, 1813 y 1815) y la consecuente avanzada realista, el territorio salteño fue un lugar de refugio para la insurgencia altopoperuana.¹⁹ Los diputados altopoperuanos que intervinieron en la Asamblea General Constituyente de 1813 y en el Congreso de Tucumán de 1816 fueron electos en Salta, adonde habían llegado con la retirada de Belgrano, para residir como refugiados. Del mismo modo, se refugiaron en Salta distintos caudillos altopoperuanos que, aún con el Ejército Auxiliar estacionado en Tucumán, mantuvieron la pertenencia al mismo, como lo expresa el ascenso al grado de teniente coronela para Juana Azurduy, promovido por el gral. Manuel Belgrano.²⁰ La unidad política y militar también se expresó en el contenido de la “Proclama” que el 6 de agosto de 1816 Martín Miguel de Güemes dirigió desde su cuartel general en Jujuy a “sus compañeros en el interior” [los pueblos del alto Perú], alentándolos a continuar la guerra, cuando les anunció la Declaración de la Independencia y la pronta restauración de la dinastía de los Incas:

El Ciudadano Martín Güemes, coronel [mayor] de caballería de los ejércitos del estado, comandante general de la campaña y gobernador intendente de la provincia de Salta, á sus compañeros de armas en el interior, les dice: (...) Compatriotas y camaradas: Llegó el momento feliz de ver decretada y sancionada nuestra suspirada independencia...No lo dudéis un solo momento, generosos peruanos y amados compañeros. Los pueblos todos están armados en masa y enérgicamente dispuestos á contener los ambiciosos amagos de la tiranía (...). ¿Si estos son los sentimientos que nos animan, con cuanta más razón lo serán cuando restablecida muy en breve la dinastía de los Incas, veamos sentado en el trono y antigua corte de Cuzco al legítimo sucesor de la corona? Pelead pues, guerreros intrépidos... desple-

19 Del mismo modo, luego de las victorias patriotas en Tucumán y Salta, las familias “realistas” de Salta, Jujuy y Tucumán, emigraron a las provincias altopoperuanas con sus socios o parientes, bajo el resguardo de los regimientos realistas.

20 El Congreso de Tucumán lo designó en reemplazo de Rondeau.

*gad todo vuestro entusiasmo y virtuoso patriotismo, Que la provincia de Salta y su gefe vela incesantemente sobre vuestra existencia y conservación... (Güemes, 1816)*²¹

A comienzos de 1817 se supo que el gral. realista Olañeta había tomado prisionero en Yavi al cnel. Juan J. Fernández Campero en noviembre de 1816 y que lo enviaría a Lima.²² Junto a él, más de una decena de oficiales y numerosos soldados fueron trasladados con la población a Potosí. Su captura impactó gravemente por la importancia estratégica y política del jefe cautivo y de sus tropas que interferían el avance realista. Güemes intentó su rescate e incluso propuso el cambio de prisioneros, pero la negativa del gral. de la Serna fue contundente. La prisión de Fernández Campero, sumada a la desaparición de los comandantes asesinados el año anterior, convirtieron al cnel. Martín Miguel de Güemes en el único gobernador y oficial superior de las fuerzas patriotas con quien los caudillos alto-peruanos mantuvieron comunicación y un vínculo de subalternidad política y militar.

Algunos oficiales que integran las fuerzas de Padilla solicitaron ayuda a Martín Miguel de Güemes a quien consideraban «... verdadero Padre Protector y verdadero defensor de nuestra libertad; pues no dudamos del amor y compasión que nos profesas». Fue Güemes quien designó como sucesor de Padilla a Mariano Acebo, natural de Charcas, quien servía de Mayor en el Segundo Batallón del Regimiento de Infernales de Salta. (Mata-Figueroa, 2003, p. 135)

Asimismo, la teniente coronela Juana Azurduy se refugió en Salta luego de su última acción de guerra, que había consistido en recuperar de La Laguna la cabeza del cadáver de su esposo asesinado, tras lo cual abandonó Chuquisaca, retirándose a la provincia de Salta, donde vivió al resguardo de Güemes. No hay registro de que haya intervenido en la guerra en esos años, hasta su retorno a Chuquisaca en 1825.

21 *Güemes documentado*. T 6. Biblioteca de Mayo, T. VIII. Pp. 6862-6863.

22 El ex marqués de Tojo era el único "noble" insurgente contra la Corona y los realistas valoraban su captura como un trofeo para mediante su tortura escarmentar a los revolucionarios y castigar ejemplarmente a un traidor a la corona llevándolo a encarcelarlo en España. El derrotero de Fernández Campero fue sumamente cruel, por el trato y la tortura recibida en su paso por Lima. Debieron desembarcar en Kingston, Jamaica, debido al estado crítico de su salud, en octubre de 1820.

Entre los que también emigraron a Salta en procura de protección se encuentran los comandantes indios Andrés Simón y Manuel Mamani, don Pedro Zerda, Julián Tangara, Pedro Chipa, Pascual Cartagena y don Ciprián Cargajena, que habían luchado en la guerrilla de Eusebio Lira (Soux, 2016, p. 50).

Desde 1817 el gobierno central concentró todos sus esfuerzos en la empresa sanmartiniana en Chile, de modo que, a partir de 1818, la guerra contra los realistas en el espacio surandino se concentró fundamentalmente en dos áreas: una a cargo de las milicias gauchas, conducidas por Martín Güemes en el espacio salto jujeño, y la otra a cargo de la División de los Valles o guerrilla de Ayopaya, cuyos jefes reconocieron a Güemes como jefe militar legitimando su pertenencia al Ejército Auxiliar de Buenos Aires (Mata-Figueroa, 2003, pp. 135-136).

A partir de 1817, y hasta el final de la contienda, fueron las únicas fuerzas populares que los españoles no consiguieron derrotar a pesar de sus entradas al territorio de Salta y Jujuy, dominado por las milicias gauchas de Güemes, y a la ocupación de las ciudades altoperuanas, cuyos valles y territorio rural adyacente a Chuquisaca, La Paz y Cochabamba eran escenario de la guerrilla de Ayopaya.

Gracias a que se ha conservado el diario de guerra de José Santos Vargas, tambor mayor de la División de los Valles de Chuquisaca y La Paz,²³ sabemos que esta guerrilla “formaba parte de la avanzada del ejército regular del Sur, dirigido desde el Río de la Plata a través de diversos caudillos, entre los que sobresale Martín Güemes” (Soux, 2011, p. 473).

Desde Salta –o Jujuy– enviaba correspondencia con instrucciones para los jefes de la División de los Valles, o confirmaba a sus oficiales que en cada época se agregaban, debido a las pérdidas en combates, apresamientos, fusilamientos o desertiones. Así, los grados militares de los jefes Eusebio Lira y Juan Chinchilla –de acuerdo al relato del Tambor Vargas– fueron “confirmados por el señor general don Martín Güemes de quien llegaban los despachos en forma” (Machicado, 2009, p. 56).

En diciembre de 1817 cayó prisionero el comandante Eusebio Lira, quien fue reemplazado un breve tiempo por Santiago Fajardo. Sin embargo, cuando Lira fue asesinado, fue nombrado por aclamación de la tropa el comandante Juan Manuel Chinchilla, quien dirigió la guerrilla de Ayopaya hasta 1821, cuando fue sustituido por José Miguel Lanza. Este

23 El mérito de haber descubierto y luego sacado a la luz los manuscritos de José Santos Vargas es de Gunnar Mendoza Loza, quien fue director del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB) durante 50 años. (Mamani Siñani, 2017:1)

coronel era uno de los jefes altoperuanos referentes del gobierno porteño desde 1810 y estuvo en Salta en 1812 y en 1815, adonde había arribado con la retirada del Ejército Auxiliar. Desde entonces, mantuvo un estrecho vínculo con Martín Güemes, quien lo designó, en 1821, comandante de la guerrilla de Ayopaya. Dice el Diario de Vargas:

El 13 de febrero repentinamente llegó al pueblo de Ynquisivi sin que haya la más mínima noticia el señor coronel don José Miguel Lanza del punto de Salta, en donde se hallaba el ejército de la Patria (...) todos mandados por el señor general Güemes. (citado en Soux, 2016, p. 50)

Lanza no era un desconocido para la guerrilla de Ayopaya, porque perteneció a ella desde 1815, y cuando Güemes en 1821 lo designó al mando de la misma en reemplazo del jefe indio Juan Manuel Chinchilla, este fue quien lo hizo reconocer por parte de los oficiales y tropa como nuevo comandante en jefe de las fuerzas insurgentes en vista del nombramiento que había traído consigo desde Salta (Mamani Siñani, 2017, p. 334).

Como ya dijimos, desde 1817, ante el cambio de estrategia de Buenos Aires que estacionó el Ejército Auxiliar en Tucumán para volcar todo su apoyo al proyecto transandino de San Martín, las fuerzas insurgentes sobrevivieron como pudieron en el territorio alto peruano. A pesar de ello, el testimonio de Vargas confirma que la División del Valle estuvo vinculada a Güemes, reconociendo su autoridad y jefatura militar.

Epílogo

La intervención de Martín Miguel de Güemes en la guerra por la independencia se desarrolló en el marco de un proyecto colectivo, cuyos principales lineamientos estratégicos, tanto políticos como militares, compartió desde 1814 con Manuel Belgrano y José de San Martín. El hecho de circunscribir su actuación militar a los valles y quebradas de Salta y Tucumán, obedeció –como vimos– a las órdenes del cnel. San Martín, como un medio para enfrentar las consecuencias de la derrota en Vilcapugio y Ayohuma.

La estrecha relación entre los ejércitos rioplatenses y la insurgencia salto-jujeña-altoperuana nos interpela a reconsiderar la pertinencia del término “frontera”, que la narrativa tradicional utiliza para delimitar la pro-

vincia de Salta del territorio altoperuano. La interdependencia de las vinculaciones políticas y militares entre Güemes y los caudillos insurgentes atravesaban explícitamente los ámbitos rurales de Yavi, Tarija, Chuquisaca y los valles de Sicasica y Ayopaya, en un espacio compartido donde no existían fronteras “nacionales”.

Muchos de los jefes indios y mestizos de la guerrilla altoperuana se formaron o estuvieron en territorio salteño, integraron los ejércitos patriotas y reconocieron en Güemes a su jefe, respetaron su autoridad y consideraron a Salta como un refugio para la insurgencia en general cuando los realistas ocupaban las ciudades del Alto Perú. Por tanto, Salta y Alto Perú formaron parte de un solo escenario donde se combatió al español, se palpó la misma independencia en la esperanza del retorno del “inca rey” y del éxito de la estrategia andina del Gral. San Martín.

El liderazgo de Martín Güemes no respondió al “talento natural” del “buen patrón” para ganarse la confianza de la plebe, cuyo ejemplo de valentía y amor a la patria, movilizaba a los peones a imitarlo (Mata, 2008, p. 90). El liderazgo de Güemes fue producto de sus convicciones revolucionarias y de la construcción política de su representación popular, surgida de la interpretación y el reconocimiento del gauchaje como colectivo emergente y sujeto político del proceso independentista revolucionario.

Bibliografía

- Fradkin, R. y Di Meglio, G. (2013). *Hacer Política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*. Buenos Aires: Prometeo.
- Galasso, N. (2011). *Historia de la Argentina: desde los pueblos originarios a los Kirchner*. Tomo I. Buenos Aires: Colihue.
- Gil Montero, R. (2006). La guerra de Independencia en los Andes Meridionales. *Memoria Americana* (14). Disponible en: <https://www.researchgate.net/publication/228805117>
- Güemes, L. (1979). *Güemes Documentado*. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.
- Güemes, L. (1979). *Güemes documentado*. Tomo 6. Biblioteca de Mayo, T. VIII.
- Lorandi, A. M. (2015). Guerra e Independencia en los Países Andinos. La "Traumática Transición". *Revista Andes* (26). Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/127/12743219002.pdf>
- Machicado et. al (2009). Elecciones en la guerrilla de Ayopaya según el diario del Tambor Vargas (1814-1824). *Universidad Católica Boliviana* (22-23). Disponible en: <http://www.scielo.org.bo/pdf/rcc/n22-23/v10n23a04.pdf>
- Mamani Siñani, R. (2017). La letra, la caja y el fusil. José Santos Vargas y su diario de guerra. *Anuario de Estudios Bolivianos Archivísticos y Bibliográficos* (23), 323-344. Disponible en: https://www.archivoybibliotecanacionales.org.bo/images/contenido/Multi-media/TAMBOR_VARGAS_I_Roger_Mamani.pdf
- Mata de López, S. y Figueroa, E. (2003). Guerra de Independencia y conflicto social en Salta. Territorialidad y Fronteras Políticas en la Construcción de los Estados Nacionales. 1810-1840. *Cuadernos de Historia, Serie Ec. y Soc.*, (7), Secc. Art., *CIFYH-UNC*, 129-151. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/cuadernosdehistoriaeys/article/view/9916/10591>
- Mata, S. (2004). Salta y la Independencia en los Andes meridionales. *Hamburgo, Alemania: Jahrbuch Für Geschichte*, 41(1), 223-246. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/28138170_Salta_y_la_guerra_de_Independencia_en_los_Andes_meridionales
- Mata, S. (2008). *Los gauchos de Güemes. Guerra de Independencia y conflicto social*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Mazzeo, C. (2016). La última Independencia en América del Sur: Perú y el ejército realista 1816-1826. *II Número Extraordinario de Revista Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*. UNLP. Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/>
- Nacuzzi, L. y Lucaioli, C. (2014). Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras. En: Trinchero, H.; Muñoz, L. y Valverde, S. (coord.). *Pueblos indígenas, estados nacionales y fronteras: tensiones y paradojas de los procesos de transición contemporáneos en América Latina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires.
- Paz, G. (2008). “El orden es el desorden”. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821. Disponible en: <https://historiapolitica.com/datos/biblioteca/paz.pdf>
- Pérez Amuchástegui, A. J. (1972). *Crónica Histórica Argentina*. Tomo 2. Buenos Aires: Editorial Códex
- Poderti, A. (1999). Martín Miguel de Güemes y el combate de las pasiones. En Lafforgue, J. (coord.) *Historias de Caudillos Argentinos*, Tomo 2. Buenos Aires: Alfaguara, Taurus, Aguilar, Altea.
- Ruibal, M. (2021). Mentiras y verdades sobre el general Güemes. *Revista digital Universitaria del Colegio Militar de la Nación*, 18(48). Disponible en: <https://www.colegiomilitar.mil.ar>
- Soux, M. L. (2011). Rebelión, guerrilla y tributo: los indios en Charcas durante el proceso de independencia. *Anuario de Estudios Americanos*, 68(2), 455-482. Disponible en: <https://estudiosamericanos.revistas.csic.es>
- Soux, M. L. (2016). Más allá de la historia patria: las fronteras construidas y el proceso de independencia en Charcas. *Travesía*, 18(2), 35-51. Disponible en: <http://www.travesia-unt.org.ar/>